

conocido las obras de Miguel Angel. Se cree que fue un regalo del elector, quien le habia encontrado poco antes en un convento. Esta imagen de Cristo, aunque mas groseramente reproducida, es la misma que se ve en la portada de las obras del reformador y edicion publicada pocos años despues de su muerte. El viejo sillón donde él se sentaba y tradujo una parte de la Biblia, aun existe: es una reliquia monacal, procedente del espolio de algun Obispo, y con la cual quiso el príncipe obsequiar á su nuevo amigo: ¿quién sabe? Podia ser lo mismo de un discípulo de Scoto que de Durando. A su regreso de la Wartbourg, Lutero habia traído un perrito que le regalara el guardián del castillo, y que murió de vejez á los quince años de acompañar al doctor. Cuando el doctor trabajaba, el perro estaba acostado entre los pies de su amo; así es que Lutero, aludiendo á los teólogos que se envanecen de tener muchos libros, decia riéndose: «Mi perro tambien tiene muchos libros; muchos mas que Faber, que tiene los Santos Padres y los Concilios. Yo sé que Faber ha visto muchos libros; no le quito su gloria.» Al lado de la puerta de entrada habia un torno, que habia hecho venir de Nuremberg á fin de poderse ganar la vida con el trabajo de sus manos: si algun dia la palabra de Dios no bastaba para mantenerle. «Querido Link, aquí no hay mas que bárbaros, que no entienden una palabra de bellas artes: á Wolfgang y á mí se nos ha metido en la cabeza que hemos de aprender á tornear; Wolfgang me servirá de maestro. Te envío una moneda de oro, y te ruego nos compres los útiles necesarios para tornear. Si no basta la suma que te envío, compra todo aquello que sea indispensable para aprender el oficio que deseamos saber: nosotros tenemos algunos útiles; pero los de Nuremberg son mejores, y vuestros obreros valen mas que los nuestros. Si no basta la galda, envia lo que sea necesario, y ponlo en cuenta.» A la puerta de entrada habia colgadas, al lado de las pi-

pas que encontrareis á la puerta de toda habitacion de estudiante alemán, una flauta y una guitarra, instrumentos á que él era aficionado. Cuando le dominaba la fatiga producida por largas horas de trabajo, y se sentia el cerebro aturdido y la palabra caprichosa, no pudiendo seguir el movimiento de la pluma, ó bien cuando el demonio le jugaba cualquier treta, segun él nos dice, y venia á tentarle con todas sus fuerzas, cogia la flauta, y ejecutaba algun capricho, con lo cual sus ideas se refrescaban, como la flor que sale del agua; el demonio, exorcisado, huia, y el escritor volvía á su trabajo con un ardor todo nuevo. La música para él era una revelacion divina, celestial, y que sin Dios jamás el hombre hubiese inventado. No habia remedio más eficaz á sus ojos para quitar los malos pensamientos, los movimientos de la cólera, las inspiraciones de la ambicion, los pensamientos carnagosos de la carne, herencia de nuestro primer padre. Esta es la voz más digna de que el hombre debe servirse para llevar al trono de Dios sus penas, sus suspiros, lágrimas, miserias, amor y reconocimiento; la lengua de los ángeles en el cielo y sobre la tierra, la de los antiguos Profetas. Aparte de la teología, la música, pues, era su principal afición, y repetia ordinariamente: «El que no ama la música, no será amado de Lutero.» «Oh bello arte de la música! Tú das la vida á la palabra; tú llevas los suspiros, las inquietudes y las penas del corazón! Cantemos; que todo maestro sea músico; que no haya predicador que suba al púlpito sin saber solfear. ¡Feliz el músico! Para él no hay amargura ni desgracias; despide la tristeza con la ayuda de cualquier sonido: *Pacis tempore regnat musica.*» Conservaba y tenia un gran placer en repetir, dando paseos por su jardín, algunos viejos cánticos eclesiásticos, como: *A solis ortu sidere, Patris sapientia*, y sobre todo el *Reus Chiste factor omnium*, cuya letra y música le agradaban sobremanera. A su entrada en Worms

iba cantando un coral que habia compuesto; es decir, las palabras y la música. Este coral es uno de los mas antiguos cánticos rimados de Alemania, que conserva aun su recuerdo; mas no es cierto que sea Lutero el inventor de esta rima musical, porque la frase melodiosa de Worms no se parece en nada á la de Wittemberg; en uno y en otro no hemos encontrado mas que elementos imperfectos del coral de Meyerbeer. El canto alemán era entonces parecido á la melopea de los griegos ó á la salmodia gregoriana. Lutero tenia la costumbre de decir de la música que era un don que el hombre habia recibido en su organizacion como una gracia.

Si Lutero volviese al mundo, no encontraría, ni su Evangelio, ni su habitacion. El convento de Agustinos de Erfurt ha sufrido la misma suerte que sus doctrinas; está arruinado; no queda mas que la celda del monge, que se conserva religiosamente, y que se enseña al viajero curioso. Esta es la gran maravilla de la ciudad. Figuraos una habitacion de algunos pies cuadrados, donde puede caber un lecho, una ó dos sillas y una mesa de escribir: la ventana, desmesuradamente elevada, como todas las de los conventos del siglo xvi, viene á dar frente á las altas torres de la iglesia vecina. Las flechas elevadas, y trabajadas con una paciencia infinita de artista, eran el único espectáculo exterior que le podia distraer: no habia mas. Cercado de muros espaciosos, aislado de toda habitacion, el cenobita no podia oír otro ruido que el viento, soplando al través de las pirámides del templo, ó la caída monótona de las gotas de agua que manaban de la fuente del mismo á buscar una ancha taza de piedra.

Es muy cierto que Lutero amó mucho los placeres de la mesa, y sobre todo el buen vino, aunque con moderacion: «Este del elector es excelente, y no nos falta,» escribía á Spalatino. Federico le habia regalado vino del Rhin, y á la secularizacion de los Agustinos toda la bodega del

convento le habia sido abandonada por el elector de Sajonia. Sus toneles estaban abundantemente provistos de vinos de Italia, que los Papas enviaban frecuentemente á los monasterios que prestaban algun servicio á la corte de Roma. En otros, los príncipes alemanes, herederos por la gracia de Lutero de las ricas bodegas de las abadías reformadas, rara vez dejaban de distraer algunos toneles para obsequiar al doctor de Wittemberg. Alguno sostendrá que Lutero, bebiendo el vino de Malvasia de los monges, debia ser un poco mas indulgente con ellos, quienes le habian proporcionado tan dulce placer. A casi todos los religiosos secularizados regalaba con las despensas de los que habian querido seguir fieles á su ley: sobre todo Justo Jonás, Amsdorf, Spalatino y Melanchthon, que al menos pudieron emborracharse sin quedar obligados á la gratitud.

La casa de la ciudad de Wittemberg conserva aun los registros de las cuentas del siglo xvi: pondremos un extracto de ellas:

XX grosch. (1), por un pequeño tonel de Malvasia, á cinco grosch. el cuartillo.

VI grosch., por un pequeño tonel del Rhin.

VII grosch., por seis canetas de vino de Franconia, el cuartillo á catoree, para el Dr. Martin, el miércoles despues de la Trinidad.

XVI grosch., VI stub., por un tonel de cerveza de Eimbeck para el servicio del Dr. Martin, el martes despues de San Juan.

I stub., VII grosch., III hell., por una toca de Suavia á la señora Catalina Borá, mujer del Dr. Martin, regaló de año nuevo.

II stub., XVI grosch., por el vino tomado para el doctor Martin en las bodegas de la ciudad.

(1) Moneda.

XLII grosch., pagados para el Dr. Martin cuando á petición del consejo y del comun vino á Wittemberg de su isla de Pathmos.

VII stub., XX grosch., para el Dr. Martin, en la ocasión de sus bodas, tomados de los fondos del hospital (*Maison de Dieu*).

El reformador en la mesa hacia uso de las palabras mas dulces, graciosas y expansivas, de sutilezas y del tesoro de su rica memoria. En ella se hablaba de todo: de los monges á quien no habia podido perdonar, y cuyo vino consideraba siempre mejor que á ellos; del Papa, cuyo honorosco formaba, y cuyo reino espiritual y temporal, segun él, habia muerto muchos años antes que Lutero; de las mujeres, del diablo y del Emperador. Despues de comer soltaba su ropa, y echaba su partida de bolos con Amsdorf ó cualquier otro amigo. Solia decir riéndose: «Melanchthon sabe mejor que yo el griego: yo le cogere en los bolos.»

Las mas altas inteligencias contemporáneas que en otro tiempo habian ilustrado á Lutero con sus consejos, seguian una correspondencia frecuente con el reformador: era el casuista universal, padre de la Iglesia sajona, y respondia á todas las cartas.

—Doctor, le preguntó uno: ¿qué entendeis por usurero?

—No tienes mas que abrir mi *Tratado de Usuris*: «El que presta al 5 ó 6 por 100, es usurero.» Cuando yo te presto mi vaso, ¿qué me vuelves tú? Mi vaso; y tú me robarias queriendo ganar con tu cambio. Nada de sacramentos ni de tierra santa á los usureros.

Durante muchos años la puerta de su pequeña celda se veia asediada continuamente por religiosos y monjas que venian á pedirle un marido ó una mujer. Lutero se estaba quieto: Lutero era buscado; tenia en su mano la suerte de numerosos sugetos. Algunos, por fin, perdian la paciencia, y se entregaban á todos los desórdenes del liber-

tinaje, como Juan P. J., á quien se encontró en una casa de mala nota. «En verdad, nos encenagamos en la torpezal» escribia Lutero á la vista de todos estos escándalos que daban los monges apóstatas. Algunos violaban á la vez su voto de castidad y las condiciones cristianas del matrimonio, desposándose con mujeres decrépitas y feas, que en defecto de juventud ofrecian grandes riquezas á su codicia. Como Wolfgang, predicador de la corte, que, segun Lutero, se casó con una vieja loca, cargada de años y de dinero: matrimonio digno de Mammon mas bien que del Evangelio.

A menudo se encontraba Lutero en la mayor necesidad, sin que nadie quisiese prestarle. Su impresor Hans Luft, convertido en luterano porque ganaba mucha plata con los escritos del doctor, no era mas caritativo que sus otros parroquianos. Lutero no recibia un óbolo de sus trabajos; solamente se reservaba de cada edicion cinco ó seis ejemplares, que tenia en reserva para darlos al primer pobre que viniese á pedirle limosna en el caso de que, y esto era muy frecuente, se hubiese agotado hasta el último maravedi (groeschel).

No es la primera vez que se queja de Luft, que, dejando las pruebas llenas de faltas, hacia mal las tiradas y olvidaba frecuentemente las correcciones del autor: «Mi impresor se llama Juan, y Juan será siempre Papel, caracteres, todo lo que hace para mí es detestable, tan malo como él: ganando bastante plata, basta que los demas estén ó no contentos, poco le importa.» ¿Qué hubiera dicho Lutero si hubiese descendido á una de esas imprentas alemanas donde la mayor parte de obreros, luteranos de conveniencia, se dedicaban á inutilizar y manchar los escritos católicos que los monges publicaron?

El elector Federico hacia honor á la firma de Lutero; mas su hermano Juan la protestaba mas de una vez. Creia

que bastaba con enviar anualmente al doctor una pieza de paño. Lutero apenas le daba las gracias, porque estaba fiero y orgulloso como un alto varon; si lo hacia, era despues de muchas semanas. «He tardado bastante tiempo en dar las gracias á vuestra señoria por el traje y la pieza de paño que ha tenido la extrema bondad de remitirme; yo quisiera que vuestra gracia no creyese á aquellos que os dicen que estoy en la miseria: á Dios gracias, vos no me habéis dejado necesitar de cosa alguna; en conciencia, tengo mas de lo que me hace falta; de lo superfluo no tengo necesidad ni deseo. Y, á deciros verdad, yo recibo el regalo de vuestra gracia mas bien casi con miedo que con reconocimiento, pues no querria ser yo de aquellos á quien dijo Jesucristo: «Maldicion en vosotros, ricos; en vuestros tesoros está vuestra recompensa.» Yo os hablo con el corazon en la mano. Al menos, que no sea yo una carga á vuestra gracia, que tantos tiene á quien socorrer, y yo sentiré que no basteis: es mucho sacar de un mismo bolsillo. Lo mismo digo respecto á la bella estófa parda, por lo que os doy las mas espresivas gracias. Mas yo ya veo que me quereis honrar, y para corresponderos me pondré el traje pardo, que es el que mejor está á mi estado; si no viniere de vos, jamás le usaria: yo ruego y suplico á vuestra señoria que no sea tan generoso, y le importuno y le pido, y otra vez que la ocasion se presente no tendré vergüenza de solicitar para otros que son mas dignos que yo de vuestras bondades; porque sin esto, vuestros regalos me confunden. Que Cristo os recompense como vos lo mereceis; es una súplica que hago desde el fondo de mi corazon. Amen.»

Y inclinaba á los electores, á los grandes, á los señores de la corte ducal, mas que pudiera haberlo á sus amigos. Hemos visto algunas cartas dirigidas á Federico, escritas en las tapas de los libros, en las cuales las dos hojas habian sido pegadas despues por Lutero.

En mas de dos años dejaron de pagarles á él, al prior y los frailes Agustinos su módica pension; de modo que vivia de la caridad de los fieles, al mismo tiempo que el cuestador de Wittemberg no cesaba de exigir furioso el tributo señorial todos los dias: «¡Tender la mano, y nada recibir! decia Lutero. Mas ¿cuándo acabará esto? Cristo: yo le espero, y él lo arreglará todo; y no esperéis que tome la voz jamás el tono de mal humor: solo se alza un poco cuando un pobre llama á la puerta del convento buscando á Lutero, que no tiene otra cosa que darle por toda limosna que una carta de recomendacion á uno de sus amigos de la corte.» Esto hizo volver al monge á sus libros, á la Biblia, pues él no leia otros. A veces se le veia, se le sorprendia convertido á las musas, que habia abandonado, y que eran su calma y su consuelo. Estas hijas del cielo no le guardaban rencor; le defendian del contrario, y le halagaban como al hijo pródigo, inspirándole y procurándole horas de deliciosa embriaguez. No podreis creer cómo la palabra de Lutero florecia y se coloreaba: no direis jamás que habia tomado el latin de los conventos: ¡tan dulce es al oido, tal perfume de antigüedad exhala! Habia nacido poeta. Erasmo, ¿ha escrito una página mas bella que la dirigida á Eobanus Hessus sobre un poema latino?

«Sin el estudio de las lenguas no hay teología posible; teología y bellas letras las hemos visto arrebatarse por el mismo naufragio: jamás la gran voz de Dios se revela á la voz de los hombres sino por medio de aquellas inteligencias luminosas que preparan sus caminos como el Precursor al Mesías. Que la juventud se entregue á las musas: este es mi voto mas ardiente: los poetas y los retóricos inician á los hombres en los misterios de las Escrituras y en la inteligencia de las palabras divinas. La sabiduría hace elocuentes los libros de la infancia: guardémonos de despreciar el don de lenguas. Mi docto amigo, sirva vuestro

